

Las vueltas del mito

Gabriel Leopoldo Cabrejas¹

Penélope en viaje, de Cecilia D'Angelo y Marcelo Marán.
 Dramaturgia y dirección: Cecilia D'Angelo y Marcelo Marán.
 Actuación: Carina Zelaschi.
 Estreno: 23 de diciembre de 2017, Sala Melany (San Luis 1750).
 Próxima función: 10 de septiembre de 2019, 11hs. Sala Melany (San Luis 1750).

Octavio Paz, conservador si los hubo, afirmó sin equivocarse que la única revolución del siglo XX que se cumplió rotundamente fue la femenina, desde el triunfo de las sufragistas a la revolución sexual y la píldora, y hoy, aunque Paz no haya llegado a verlo, la avanzada final del igualitarismo en todos los terrenos. Lo faltante, se denuncia; el femicidio se castiga doble, el horror cotidiano ha puesto a la mujer en marcha y visibilizó, de una vez por todas, su sufrimiento milenario. Ciertamente, no hay mucho para celebrar, pero la hostilidad del femicida es la respuesta al crecimiento de Ellas, a su independencia y, lo peor en la vida del patriarcado, a su prescindencia del hombre. El mito de Penélope, sobre el cual tanto se ha escrito, proporciona el símbolo que faltaba examinar desde la perspectiva femenina contra su propia elaboración originaria, narrado, pues, en una *Odisea* intransferiblemente masculina, aun cuando no corresponda hacerle reproches

extemporáneos al fundacional señor Homero. Pero iba siendo hora de revisar la historia de esa mujer que “sólo ha sabido esperar” durante veinte años, fiel hasta la decrepitud, resistiendo no solamente los embates del tiempo sino la virtual ocupación de Ítaca por los obscenos y codiciosos pretendientes, los deseos reprimidos, la demora inaudita de ese regreso siempre en duda, firme en su decisión de permanecer incólume de nuevo para su marido el Rey. Y mientras tanto, éste, el héroe, no soportaba las tentaciones excepto las de las Sirenas; pasaba de cuerpo en cuerpo —Circe, Nausicaa, Calipso—, seguía los mandatos indiscutidos de su instinto macho como en casa la leal esposa/madre seguía los mandatos de su lugar social de hembra: guardar los derechos del marido *sobre ella*, politizados a su jerarquía eventual de reina, convertida la soberanía del ausente en defensa de la identidad de la isla, poco importaba la suya propia. Después de todo de eso se trata el trasfondo no dicho de la *Odisea*, la implícita lucha solitaria de una mujer a cargo del poder para evitar que su pueblo caiga en manos ajenas. Penélope teje el destino. Odiseo, simplemente tarda en llegar.

Ése es el punto de partida de la magistral e inclasificable *Penélope en viaje*. A simple vista una contradicción galopante, ya que el marinero activo, casi de turismo aventura, es Ulises-Odiseo. El viaje, en realidad, es el de la mujer histórica, sintetizada en el personaje, pero

¹ Profesor en Letras, Doctor en Historia (UNMDP). Profesor adjunto *Estética* e investigador en cine y teatro. Contacto: gabcab2003@yahoo.com.ar

a partir de ella, involucrando a otras tantas igual de luchadoras y definitivas. Sola con su alma, la múltiple Penélope de D'Angelo, Marán y Carina Zelaschi, que pone la piel, deriva en la única en su tipo que quiebra la previsibilidad, amén de la famosa de Serrat, tan consciente del tiempo como ésta lo es de la Historia.

La puesta, impresionante, merece un primer detenimiento. Zelaschi todavía no entró pero empuja un largo madero curvo, dispositivo escénico de enorme versatilidad, que será una surreal trirreme griega como un telar, o el árbol del que puede pender una hamaca de hilo. Decenas de ovillos de lana, multicolores, en todas partes, cruzan nuestros ojos. La archiconocida capacidad *clownesca* de Carina Zelaschi hace el resto sin mayor esfuerzo perceptible. Impide la inmediata identificación y en todo momento, con estirpe brechtiana, salta de un lenguaje a otro, precisamente cuando pensábamos quedarnos con uno. El chiste de Alison Bechdel, fuera de argumento, Simone de Beauvoir (¿podía faltar?), Margaret Atwood, la artista Analía Gaguin, tapizan las reflexiones de la hablante, que deja de ser Penélope para ser Carina, o, de pronto, cualquier mujer, o no: incluso el insecto femenino por excelencia, vuelto *leit-motiv* del texto, satanizado como si no fuera una proveedora de nutrientes para la cría de hacendosa producción, y representante de la paciencia misma: “*teje que te teje, la arañita sube y baja*”. De D'Angelo, sin duda, es la *anti-invocación* de raíz clásica del comienzo, que en vez de clamar la asistencia de la musa narradora homérica (“Canta, Diosa, la cólera del péliba Aquiles”), solicita lo contrario, ya sabido: “No me cuentes las tontas desdichas de la joven Penélope sosteniendo con su

cuerpecito las embestidas de los machos calientes del reino.



Fotografía: Hebe Amancay Rinaldi

Penélope en viaje invita, en otro *loop* temporal, a participar. De hecho, la invitación acompaña al programa, pero no forma parte de la obra y sí de la puesta: “Como metáfora de la incansable, laboriosa y amorosa lucha de las Abuelas de Plaza de Mayo, la Comisión Cultura del Colectivo Faro de la Memoria de Mar del Plata invitó en el año 2016 al cumplirse 40 años de la dictadura cívico militar, a construir junt@s una gran obra formada por fragmentos bordados. El texto que sigue pertenece a esa convocatoria”.



Fotografía: Hebe Amancay Rinaldi

Tal vez no existan Penélopes más abnegadas, sin Ulises de regreso posible más allá de la espera de los primeros años,

que las Madres y Abuelas: su Ítaca es nuestro oscuro país, los candidatos a desposarlas quienes buscan una versión del pasado que arramble al olvido las andanzas del rey y de ellas mismas, sostén de su memoria, con sus errores y desvíos pero siempre rumbo a casa. Penélopes que transformaron la fidelidad en lucha incansable.

Bien, Cecilia y Marcelo. Relectura de un clásico, sí, y su superación absoluta. Nuestra Penélope decide salir de viaje, contrariando el mandato: será que los mitos siempre son verdaderos.